

gado á 24 de Setiembre de 992, en que le legó tres onzas de oro. Mas la fábrica actual no pasa del siglo XII, época en que se construyeron buena parte de los templos de Cataluña; así consta por el testamento del conde Ramón Berenguer III *el Grande*, hecho en Julio de 1130, que entre varios legados deja al monasterio de Galligans, *para la obra de su iglesia* la tercera parte de la moneda de Gerona, de manera que sus limosneros la empleen en la referida obra hasta la cantidad de doscientos morabatines (1).

Al salir de este templo, eche el viajero una ojeada á su campanario, cuya extraña forma revela la más remota antigüedad, y cuyo estado ruinoso corre parejas, si no le excede, con el en que se encuentra todo el monasterio. Esta pobre torre de campanas hállase hoy colocada precisamente sobre la muralla, de manera que le sirve de torreón y de tránsito á cuantos recorren las fortificaciones.

San Daniel

Déjala, empero, atrás, y costeano la corriente del murmurante Galligans, diríjase hacia el monasterio de San Daniel, situado extramuros, en una especie de hondonada, mansión del silencio y de la calma. Mire al pasar las rejas de las celdas, y si su imaginación no carece de viveza y de facilidad en percibir sensaciones y en sacar de estas consecuencias, bueno será que le vaya á la mano, que el lugar harto á propósito es para ello, y semejantes conventos de monjas, solitarios y aislados entre barrancos, harto aliciente ofrecen á la poesía. Así, saludando el bello dibujo encerrado dentro las curvas de la ojiva de la sencilla puerta, obra del siglo XIV, éntre en el santuario donde están depositados los restos de San Daniel. Lo mismo que en San Pedro, vese al entrar un cuerpo gótico moderno

(1) 1800 sueldos barceloneses.

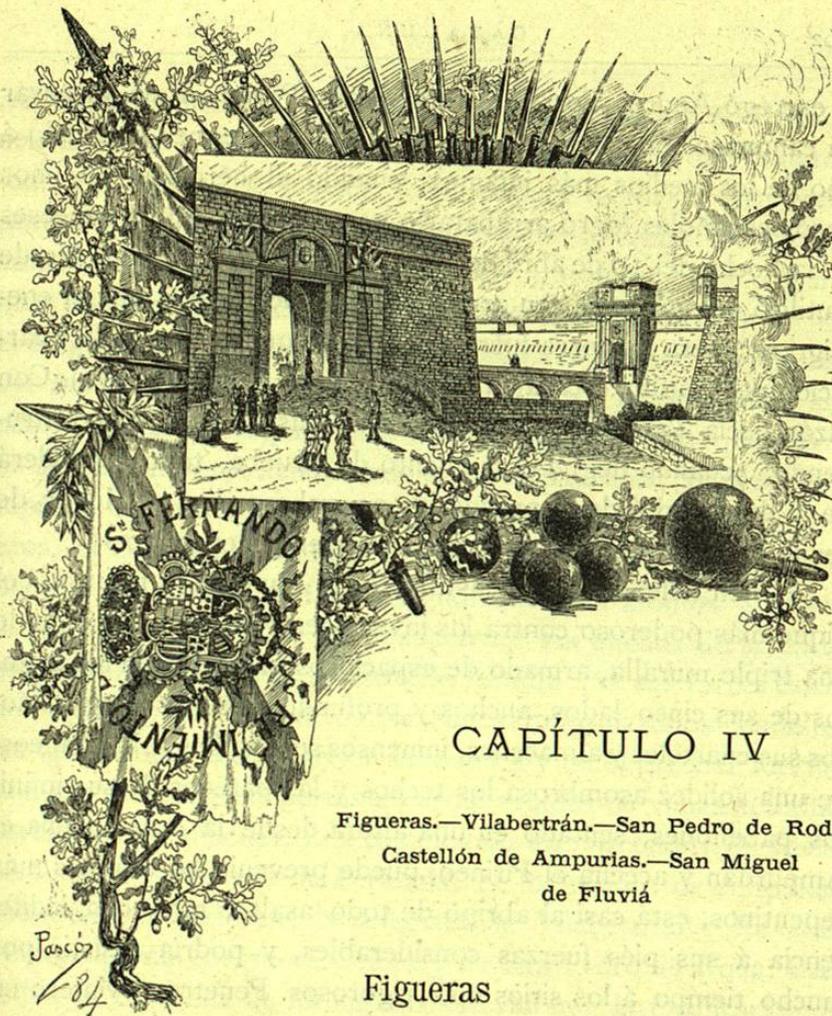
cuya baja bóveda sostiene el coro, obra sobrepuesta en la mayor parte de los antiguos monasterios. Lo demás es un templo bizantino, una iglesia tipo en su género, no del sajón bajo y sombrío como San Pablo y San Pedro de Barcelona, sino más elegante, más clara, como si la arquitectura hubiese seguido las modificaciones que fué tomando en grado ascendente la noble casa de Wifredo. Aunque no son de la mayor capacidad sus dimensiones, sin embargo cierta proporción entre todas sus partes la hacen armoniosa y desembarazada á la vista. Es de una sola nave, y observa rigurosamente la forma de cruz, mirando la puerta á Occidente y á Oriente el ábside. Reina en ella la mayor sencillez, y su pobreza salta á los ojos del menos perspicaz. La cúpula es bastante graciosa, y no carece de sus cuatro acanaladas pechinas sobre los arranques de los arcos torales. En las paredes de esta parte del edificio sobresalen aquellos adornos propios de este género, ya mencionados en San Pedro, que se componen de pequeñas curvas, las cuales no nos atrevemos á calificar de ménsulas. El altar mayor ofrece un ábside en su perfección, y su parte superior forma una gran pechina, á guisa de las que se ven en los nichos modernos destinados para contener estatuas.

En el centro del crucero, ábrese una escalera que conduce á la capilla donde se conserva el cuerpo del santo, y está colocada debajo del altar mayor. El sepulcro es de buenas formas, contiene numerosos relieves, que representan varios pasos de la vida de San Daniel, todo obra del siglo XIV. Es el único monumento que embellece este santuario, y ninguna descripción interesante fija la atención del que lo visita.

Aunque de muy antiguo existió allí templo de San Daniel, propio de la Catedral de Gerona, la fábrica actual pertenece al siglo XI. Fácilmente recordarán nuestros lectores que, al tratar de la fundación de la antigua fábrica de aquella sede (1), dijimos

(1) Véanse las páginas 97 y 98.

que el obispo Pedro Roger, hermano de la condesa Ermesendis, vendió á ésta y á su marido, el conde D. Ramón Borrell III, en cien onzas de oro la iglesia de San Daniel, que los nobles esposos compraron con el fin de fundar allí un monasterio, según se infiere de la misma venta y de escrituras de la época. Verificóse esto en 1015, y muriendo el conde á poco de empezada la fábrica, prosiguió Ermesendis la obra, dotando y enriqueciendo el monasterio, junto con su hijo Berenguer Ramón I *el Curvo*, y perfeccionóla después, á principios del siglo XII, la infortunada viuda de Ramón Berenguer II, *Cap de estopes*, cuando también viuda de Aymerich, vizconde de Narbona, su amor á su hijo la trajo á Cataluña donde murió.



CAPÍTULO IV

Figueras.—Vilabertrán.—San Pedro de Roda.
Castellón de Ampurias.—San Miguel
de Fluviá

Figueras

A cinco leguas de Gerona, hacia el norte, en medio de una llanura cubierta de olivos y en otro tiempo de arrozales, levántase una colina, ocupada por la villa de Figueras y coronada por el majestuoso castillo de San Fernando. La villa, aunque muy antigua, al decir de algunos, ni encierra monumentos que reflejen su pasado, ni tiene grandes recuerdos; el castillo, obra del siglo pasado que aún aguarda la mano de otro Fernando VI que la concluya, apenas es más que un padrón de ignominia así para los enemigos que lo invadieron como para los españoles á quienes estuvo confiada su defensa. En el año 1794